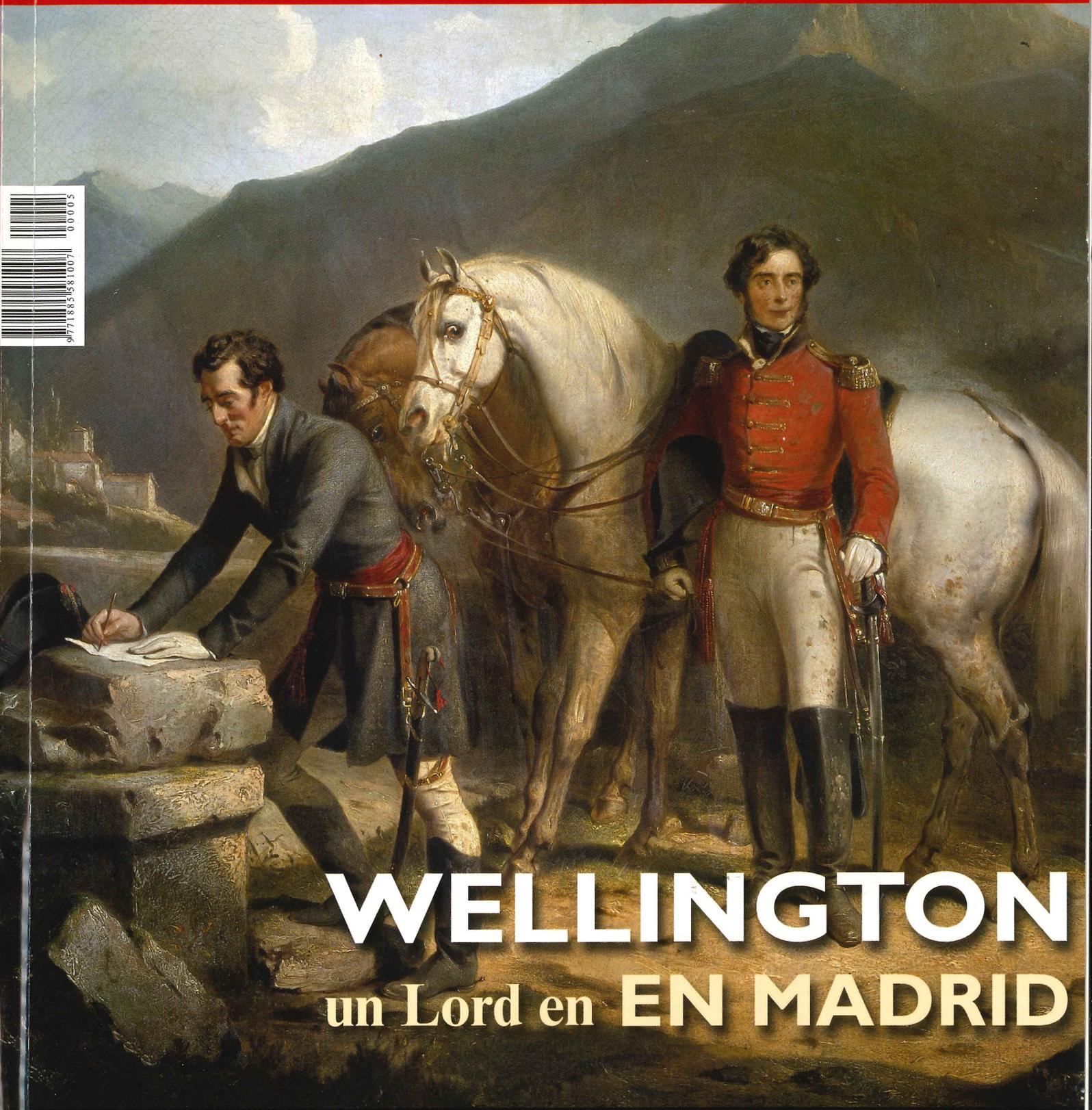
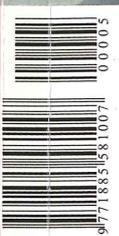


H MADRID

Número 5 / 5,80 euros

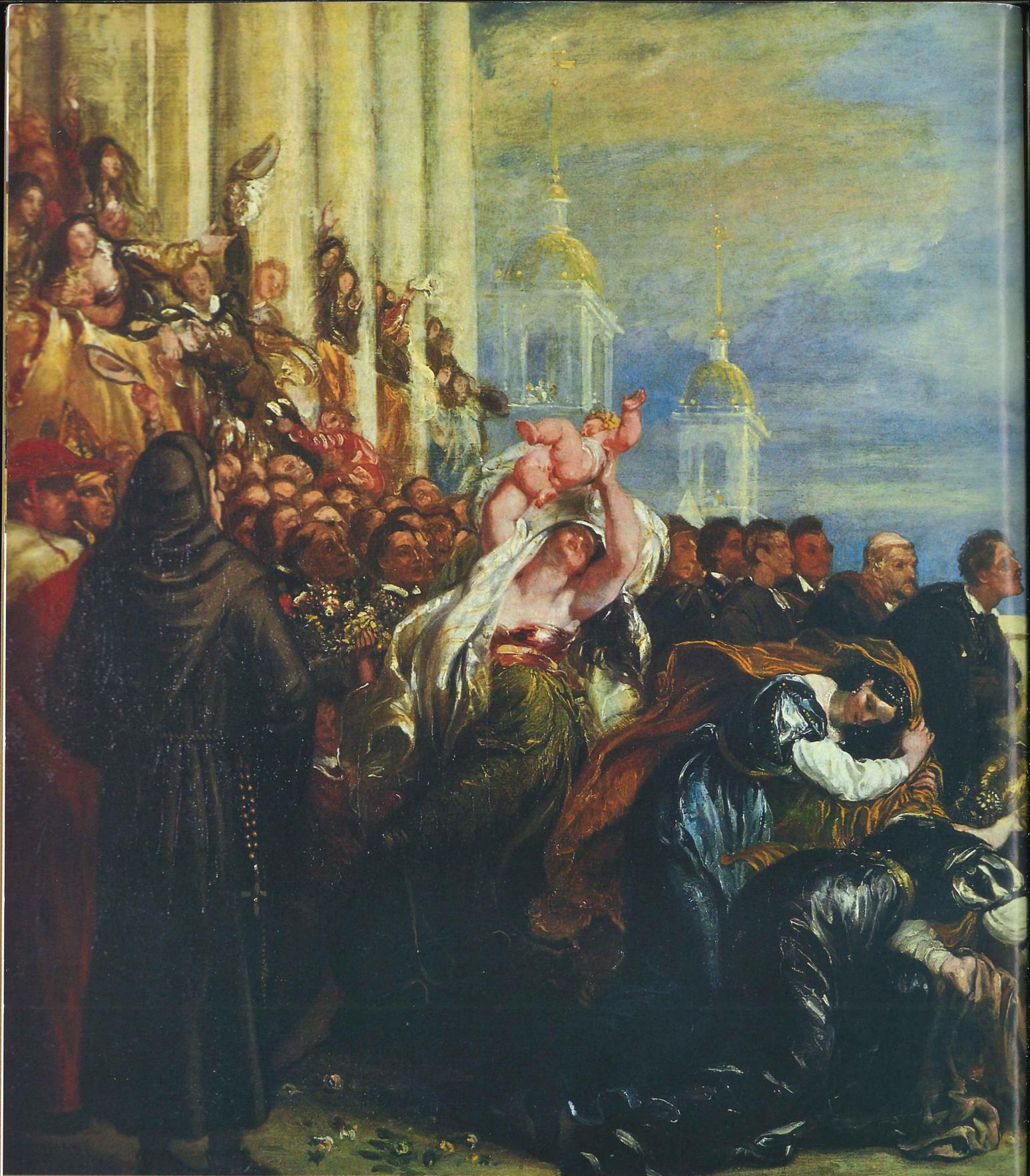
Septiembre/Octubre 2006

HISTÓRICO



WELLINGTON un Lord en EN MADRID

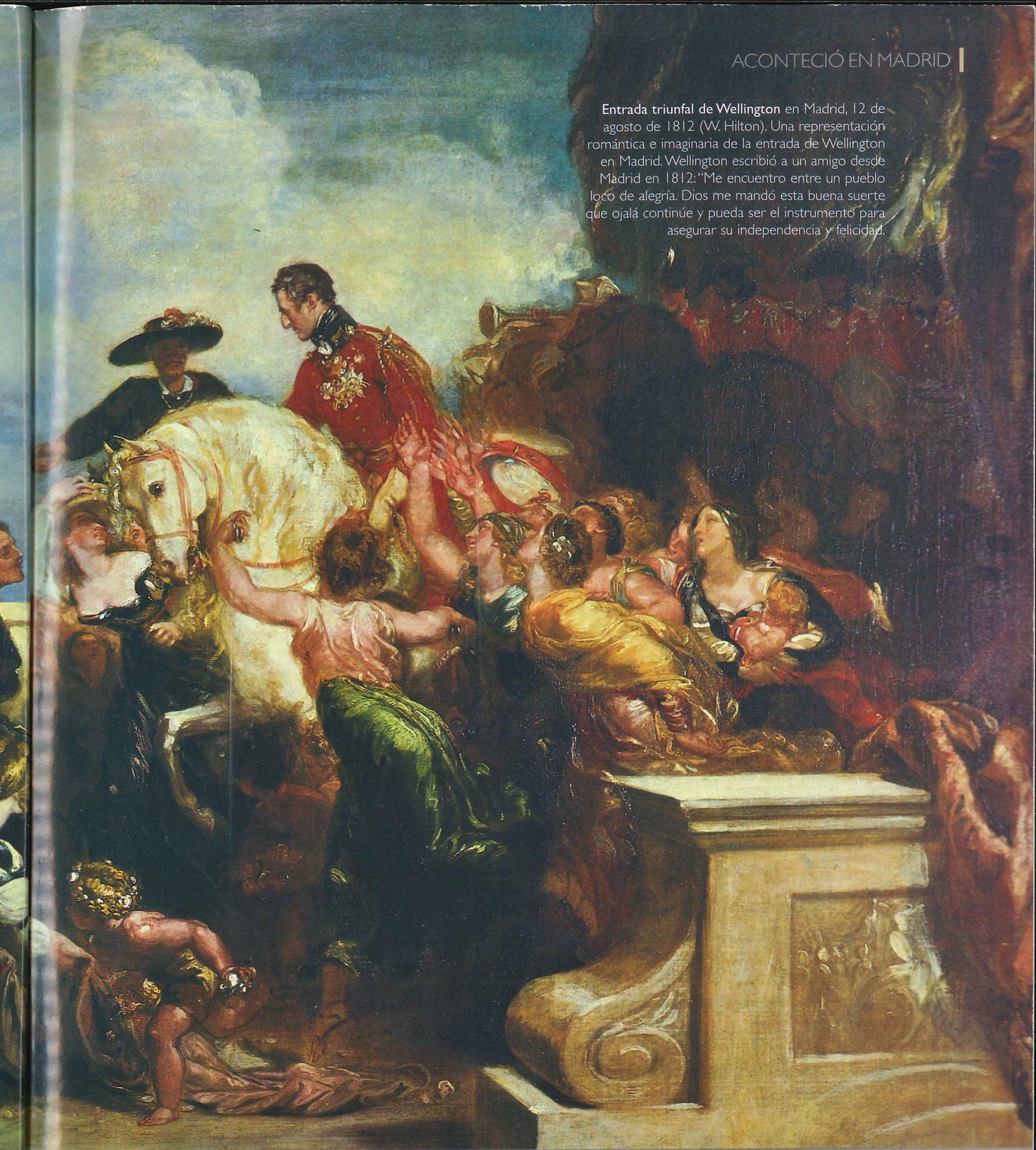
La princesa de Éboli. ■ El teatro de nuestros abuelos. ■ Eloy Gonzalo, héroe en Cascorro. ■ Domenico Scarlatti.
El parque de El Capricho. ■ La Puerta vieja de Guadalajara. ■ Rutas de Madrid: Madrid escenario de la corte.



Wellington en Madrid

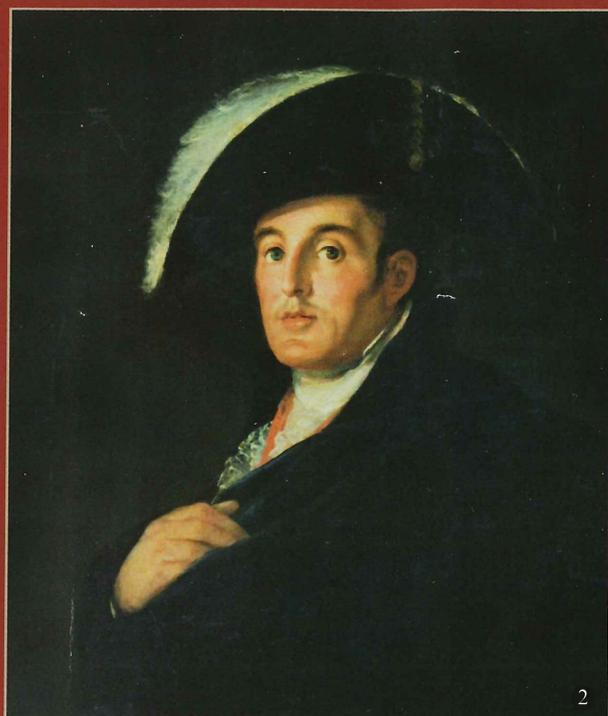
Un Lord en la Corte del Rey Intruso

Entrada triunfal de Wellington en Madrid, 12 de agosto de 1812 (W. Hilton). Una representación romántica e imaginaria de la entrada de Wellington en Madrid. Wellington escribió a un amigo desde Madrid en 1812: "Me encuentro entre un pueblo loco de alegría. Dios me mandó esta buena suerte que ojalá continúe y pueda ser el instrumento para asegurar su independencia y felicidad."



A lo lejos, sobre un horizonte de intenso azul, el monarca José Napoleón I todavía podía divisar el bello perfil barroco del Palacio Real de Madrid, el hogar que acababa de dejar de forma precipitada apenas unas horas antes.

Texto: Miguel Ángel Martín Mas. Ilustraciones: Dionisio Álvarez Cueto.



Era un 10 de agosto de 1812 y la segunda vez que se veía forzado a abandonar la capital de su reino desde que su

hermano Napoleón le convirtiera en Rey de España y de las Indias en 1808 -la primera fue después de la vergonzosa derrota del general Dupont en Bailén en ese mismo año. Pero el nuevo éxodo no le impedía pensar que pronto podría estar de vuelta para continuar con las obras que transformarían Madrid en una ciudad de aires saludables y hermosos espacios abiertos, acabando de una vez por todas con esos oscuros callejones pestilentes y la insalubre costumbre de los enterramientos intramuros. El rey José no iba solo; junto a él, por el camino de Aranjuez, marchaban miles de personas de toda edad y condición. Se trataba de civiles españoles afectos a su causa, sirvientes de la Casa Real, funcionarios del Estado Josefino, soldados del Ejército Imperial y españoles juramentados. Todos ellos formaban una abigarrada y apesadumbrada muchedumbre inexorablemente encadenada al destino de su regia persona. Unos dos mil soldados franceses quedaban atrás,

guarneciendo El Retiro, que se había transformado en una improvisada fortificación y en arsenal y depósito de material de guerra, según las órdenes recibidas de París. Además de éstos, en el hospital militar instalado en El Prado se quedaron unos quinientos soldados heridos y enfermos que, de haber emprendido la marcha, hubieran quedado rezagados para morir en manos de los despiadados guerrilleros. Era mucho mejor dejarlos allí y confiar en que la población civil no los asesinará a sangre fría, como tantas veces había ocurrido en este más que terrible conflicto. Por otro lado, era seguro que el enemigo inglés los trataría de acuerdo a las leyes de la guerra.

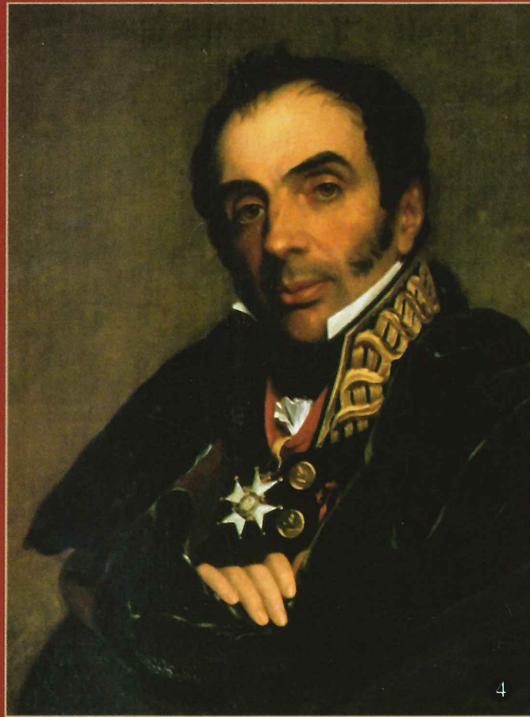
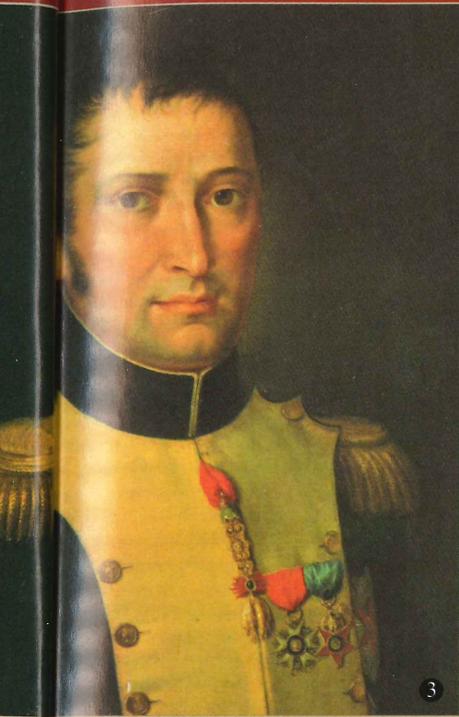
EL REY JOSÉ NO IBA SOLO; JUNTO A ÉL MARCHABAN MILES DE PERSONAS DE TODA EDAD Y CONDICIÓN

Al mismo tiempo que esta atribulada caravana abandonaba Madrid atravesando la belleza marmórea del puente de Toledo -donde las estatuas erigidas sobre el pretil observaban hieráticas e impertérritas el paso de los recién desheredados- de las alturas del Guadarrama descendían miles de soldados de un ejército aliado formado por ingleses, irlandeses, escoceses, portugueses, españoles, alemanes de los estados de Brunswick y Hannover e incluso unos cientos de franceses monárquicos. Al frente de esta variopinta

tropa se encontraba el general británico Arthur Wellesley, a la sazón vizconde de Wellington y duque de Ciudad Rodrigo. Wellington llevaba



T. Heaphy: El Duque de Wellington y de Ciudad Rodrigo. Acuarela. 1813-1814.



1.- Retrato de Wellington pintado por Goya en agosto de 1812 y retocado en 1814. El Lord luce el Toisón de Oro, la Cruz de Oro de la Península, la Gran Cruz de la Torre y la Espada de Portugal y la de San Fernando. Esta es la famosa pintura que tanto disgustó a Wellington y que provocó una trifulca con el genial artista.

2.- Retrato de Wellington pintado por Goya bajo encargo del general Álava.

3.- José I Bonaparte por José Flaugier. El rey impuesto por Napoleón a los españoles tuvo que abandonar Madrid el 10 de agosto de 1812 ante la amenaza del ejército de Wellington, que avanzaba imparable tras su victoria en los Arapiles el 22 de julio.

4.- El general Miguel Ricardo de Álava por George Dawe (1818). Álava fue probablemente el mejor amigo español de Wellington. Como oficial de enlace del Gobierno español con los británicos, Álava entró junto al Lord en Madrid en el verano de 1812, siendo además testigo directo de sus victorias en Los Arapiles, Vitoria, Toulouse e incluso Waterloo.

ya cuatro años jugando al gato y al ratón con las tropas imperiales, que habían invadido la Península Ibérica para despojar de sus tronos, primero a los Braganza en Portugal, después a los Borbones en España, y terminar, finalmente, entregando este último reino al hermano mayor del Emperador. Pero la gran mayoría de portugueses y españoles no permaneció impasible ante esta descarada injerencia en los asuntos de sus respectivos países. Las mismas calles de ese Madrid, por cuya pérdida lloraba ahora el rey José, habían visto, el 2 de mayo de 1808, correr la sangre del pueblo sublevado contra las tropas invasoras comandadas por el mariscal Murat. Unos meses después, incluso se vio al mismísimo Napoleón entrar por Chamartín pero, aun así, los españoles, unidos a los anglo-portugueses de Wellington, seguían resistiendo y, últimamente, con éxito. Las tropas aliadas que ahora se encontraban a las puertas de capital de España venían de derrotar al ejército del mariscal Marmont en Salamanca, en la batalla que se llamó

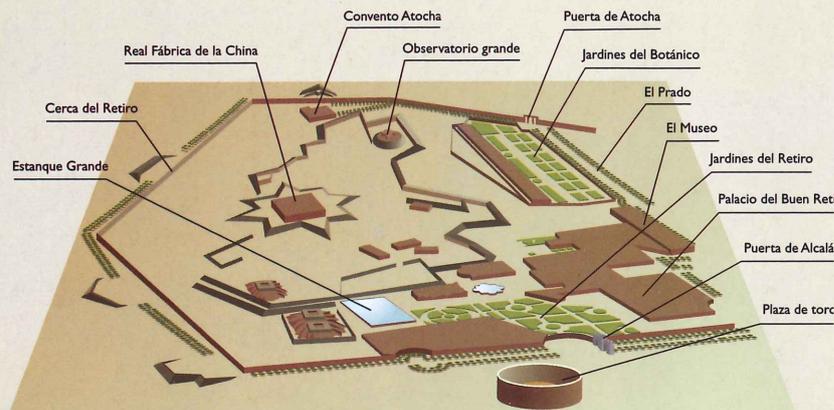
de Los Arapiles, librada el 22 de julio de 1812, una debacle imperial que había dejado solo al débil ejército del Rey José frente a estas victoriosas huestes. José esperaba que otros ejércitos imperiales presentes en la Península se unieran a él para evitar la evacuación de Madrid, pero los mariscales franceses -sobre todo el arrogante Soult- siempre más preocupados de los feudos gobernados por ellos y solamente sumisos ante Napoleón, desoyeron una vez más las órdenes de un rey que se había convertido en un muñeco de trapo con el que jugaban los *enfants terribles* del Emperador.

Cruz de Oro de la Península. Otorgada al primer Duque de Wellington. Los broches de la medalla dejan constancia de las victorias de Wellington en Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca, Vitoria, Pirineos, Nivelles, Nive, Orthez y Toulouse.

LOS COMBATES DE MAJADAHONDA Y LAS ROZAS

La vanguardia del ejército aliado que se disponía a caer sobre Madrid -formada por los escuadrones de caballería portugueses al mando del teniente coronel D'Urban, la artillería a caballo comandada por el capitán Macdonald, los Dragones pesados de la Legión Alemana del Rey y un batallón de infantería ligera- alcanzó el Escorial sin encontrar resistencia por parte de los imperiales. Por ello, el 11 de agosto, la caballería portuguesa se atrevió a avanzar hasta Majadahonda, donde los jinetes lusos, que tan bravamente habían luchado en la batalla de Los Arapiles, se dispusieron a abrevar sus caballos y a consumir parte de sus raciones. Justo en el momento de máximo sopor de una tarde de agosto -serían las cuatro de la tarde- por los bosques de Boadilla hizo su aparición una nutrida fuerza de caballería imperial. Se trataba del 19.º y 22.º de Dragones, los *Dragoni Napoleone* -al mando del general italiano Palombini- y el 1.º de Lanceros Westfalianos, todos ellos liderados por el

Las Fortificaciones del Retiro
Año 1812



Complejo de fortificaciones de El Retiro. El general Lafon-Blaniac, al mando de dos mil soldados imperiales, rindió el complejo a las tropas aliadas el 14 de agosto de 1812.

general Treillard. A estas tropas se unió la brigada de Dragones de Reiset, formada por los regimientos 13.º y 18.º. En total, unos dos mil setecientos jinetes enviados a realizar tareas de exploración por el rey José que, una vez evacuada la capital, todavía no estaba seguro de si lo que se le venía encima era en realidad el grueso del ejército aliado o solamente una avanzadilla.

La caballería de D'Urban apenas tuvo tiempo de formar una línea delante de Majadahonda, al tiempo que se enviaba un mensajero para pedir el refuerzo de la artillería y de los Dragones alemanes. Los cascos de miles de caballos a la carga hicieron retumbar el suelo y levantaron inmensas nubes de polvo que ocultaron el tremendo choque contra la débil línea de Dragones portugueses. La desbandada fue total, y la artillería tuvo que ser abandonada. Ahora, los imperiales, en persecución de los portugueses, se acercaban a Las Rozas, donde los Dragones de la Legión Alemana del Rey apenas habían tenido tiempo de ensillar sus caballos. Parecía que de nuevo los Dragones imperiales lo iban a arrollar todo a su paso, pero dos bravos capitanes alemanes, de nombre Reizenstein y Marshalk, tuvieron tiempo de reunir a unas docenas de sus hombres y lanzarse contra ellos. De esta forma salvaron la situación, al dar un respiro a sus

compañeros, que rápidamente se aprestaron a entrar en combate. La lucha frente a Las Rozas fue feroz, pero los alemanes lograron resistir y, con el apoyo del batallón de infantería ligera -que había formado una línea en las afueras del pueblo desde donde lanzaba continuas descargas- se las arreglaron para forzar la retirada de los imperiales.

El general Treillard abandonó la lucha y cabalgó para encontrarse con el rey José, que ya hacía tiempo que había perdido de vista la hermosa silueta de Madrid. Al recibir las noticias de que Wellington había cruzado el puerto con gran parte de su ejército, José olvidó su idea primigenia de retirarse a Toledo y cambió de rumbo, dirigiéndose a Ocaña, buscando el camino de Valencia, donde establecería una nueva Corte y esperaría a reunir sus tropas con el Ejército del Mediodía, comandado por el mariscal Soult. Con este poderoso refuerzo pronto podría iniciar un contraataque, recuperar su capital y enviar de nuevo a Wellington al otro lado de la frontera portuguesa, enmendando así el terrible embrollo que había causado Marmont al dejarse vencer en Salamanca. Con suerte, esto calmaría la tremebunda ira de su hermano, que en ese momento se adentraba en las tierras del Zar de Rusia, iniciando una aventura que, junto a la guerra en la Península, precipitaría su caída. Aunque por entonces nadie podía ni

siquiera imaginar que tal cosa fuera a suceder.

LA ENTRADA TRIUNFAL

El 12 de agosto, por la Puerta de San Vicente, entraba en Madrid el que con demasiada premura comenzaba a ser considerado por los paisanos como el libertador de España y Portugal: el vizconde de Wellington, el vencedor en Roliça, Vimeiro, Talavera, Buçaco, Torres Vedras, Fuentes de Oñoro, Ciudad Rodrigo, Badajoz y Salamanca. Un poco antes habían entrado, totalmente enseñoreados, los jefes guerrilleros conocidos por los apodos del Empecinado, el Médico, el Abuelo y Chaleco. Los mismos que habían impedido durante meses la llegada de alimentos a la Villa, agravando la terrible situación de carestía que padecía el pueblo, ahora reclamaban el pedazo de gloria que merecían sus "hazañas" en favor de sus compatriotas.

El soldado británico John Green, del Regimiento 68.º de Infantería Ligera, dio testimonio en sus diarios del apoteósico recibimiento que el pueblo de Madrid dispensó a las tropas aliadas:



El día 12 nos dispusimos para la marcha muy temprano (...). Este día Lord Wellington adelantó a nuestra División en su camino hacia la capital. A unas cinco millas de Madrid, una multitud salió a nuestro encuentro. Como el día era extremadamente caluroso, algunos de nuestros hombres caían extenuados. Los españoles rápidamente se hacían cargo de ellos y les daban vino y licor. Una cantidad ingente de melones se repartió entre los soldados. La gente gritaba loca de alegría cuando nos veía pasar por su lado y las bandas de los distintos regimientos animaban la escena tocando una y otra vez "La caída de París". Desplegamos las banderas, y de cuando en cuando gritábamos tres vivas: las últimas dos millas antes de llegar a la capital fueron todo vivas y alabanzas. Cuando finalmente llegamos a las puertas de la ciudad, vimos las calles y las azoteas de los edificios abarrotadas de personas de toda condición. Marchamos por las calles de Madrid en

medio del desgarrado y jubiloso grito de "Vivan los ingleses". Las campanas de todas las iglesias doblaban al mismo tiempo, las mujeres nos saludaban desde las ventanas agitando sus pañuelos y todos los semblantes brillaban de alegría al dar la bienvenida a sus libertadores. Algunos españoles se atrevían a abrazar a los soldados. Nos detuvimos delante del palacio nuevo; aquí gritamos y vitoreamos para corresponder a estas gentes.

El oficial George Hennell, del 43.º de Infantería Ligera, dio cuenta de una imagen algo menos festiva tras un pequeño paseo por las calles de la Villa:

Aquí los pobres son muy numerosos, y muchos de ellos se hallan en el mayor abandono. En las calles principales te paran a cada paso, y muchas veces seis o siete a la vez (...) he visto a niños de cinco o seis años tendidos sobre el suelo, casi sin carne en los brazos y quejándose lastimeramente. Al atardecer se tumban todos amontonados, unos durmiendo y otros llorando. La alegre alga-

rabía se mezcló con los lamentos de un Madrid extenuado por la hambruna sufrida ese lúgubre año de 1812. De vez en cuando también se oían los gritos pendencieros de los soldados borrachos y los insistentes golpes en las puertas de aquellos que habían colaborado con los franceses y que ahora veían muda su suerte. El bello paseo cuajado de frutales que el rey José había construido para unir el Palacio Real y la Casa de Campo quedó devastado; los mozos arrancaron las ramas para agitarlas al paso del gran Wellington que, siempre distante y altanero, pasó por su lado sin ni siquiera mirarles.

EL ASALTO AL RETIRO

Desde las fortificaciones de El Retiro, el general Lafon-Blaniac y los dos mil soldados bajo su mando se daban perfecta cuenta de que su posición se había convertido en una isla rodeada por los gritos de bienvenida a unos

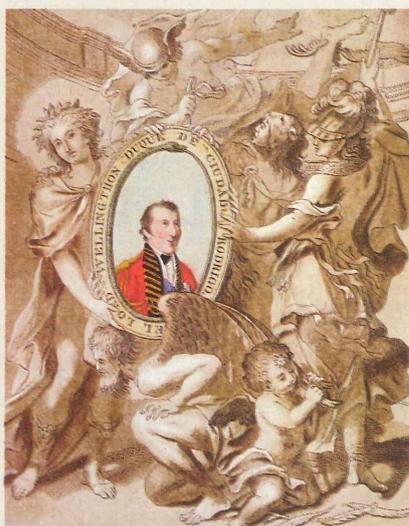
El 22º Regimiento de Dragones francés cargando contra el 2º de Dragones de la "King's German Legion" en el combate de Las Rozas.





Atribuido a Henry Thomas Alken. El 10º Regimiento de Dragones Ligeros británicos en la península.

enemigos que no tardarían en solicitar su rendición. Desde luego, una situación poco envidiable. El rey José había pensado que si dejaba allí a estas tropas pertenecientes al Ejército del Mediodía del mariscal Soult, éste se vería más inclinado a acudir en socorro de la capital. Al día siguiente de su entrada triunfal, Wellington inspeccionó las defensas que los imperiales habían construido. En la pared del Parque se habían abierto aspilleras para que los defensores pudieran disparar sus mosquetes sobre los posibles asaltantes y en algunos puntos de fácil flanqueo se habían construido revellines -pequeños reductos fortificados- para defender la posición por esos lados. En la parte que daba al Prado había dos edificios en los que se construyeron barricadas, convirtiéndolos, de este modo, en una posición defendible. Se trataba del Museo y el Palacio del Retiro. Esta última era, a todas luces, la sección más fuerte de la línea de defensa exterior. La defensa interior parecía mucho más sólida, ya que se habían construido



La **sabiduría** representada por Minerva y la fuerza por Hércules, entregan a Apolo la imagen de Lord Wellington para que le ilumine, le auxilie con sus rayos, y le guíe en su carro conduciéndole a las empresas militares y políticas que ha emprendido en España, proporcionándole una fama eterna, a la que alude la culebra que se muerde la cola y circunda su retrato. Mercurio, Divinidad tutelar de la Gran Bretaña se presenta a anunciar la felicidad del comercio entre las dos naciones España e Inglaterra. El tiempo sin el cual ninguna empresa se consigue, está detenido por un genio que le quita las alas, obligándole a sostener al Héroe, que se representa, y le dé lugar a terminar (las) empresas que tiene meditadas.

hasta diez bastiones. En el corazón de todo este complejo, y sobre la que fuera la Real Fábrica de Porcelana de la China, se levantaba un fuerte en forma de estrella que se había construido como último refugio de la guarnición. Estaba rodeado por un foso de doce pies de profundidad y veinticuatro de anchura y una formidable empalizada. Eran unas buenas defensas contra los guerrilleros o lugares útiles para refugiarse a las tropas ante un posible levantamiento popular como el del 2 de mayo, pero no parecía que pudieran aguantar un sitio en toda regla.

La noche del día 13 de agosto se lanzó el ataque contra la defensa exterior del recinto. Unos trescientos hombres de la 3.ª División asaltaron el muro del Parque por el norte, cerca de la plaza de toros, junto a la Puerta de Alcalá; trescientos más de la 7.ª División se dirigieron al ángulo sudeste del recinto, que estaba formado por el muro del Jardín Botánico. Ambos ataques fueron un éxito, dada la escasa resistencia por parte de los imperiales,

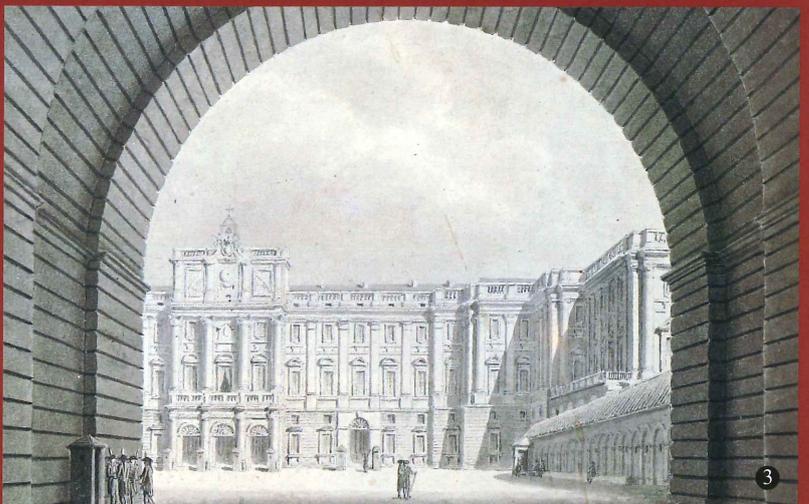
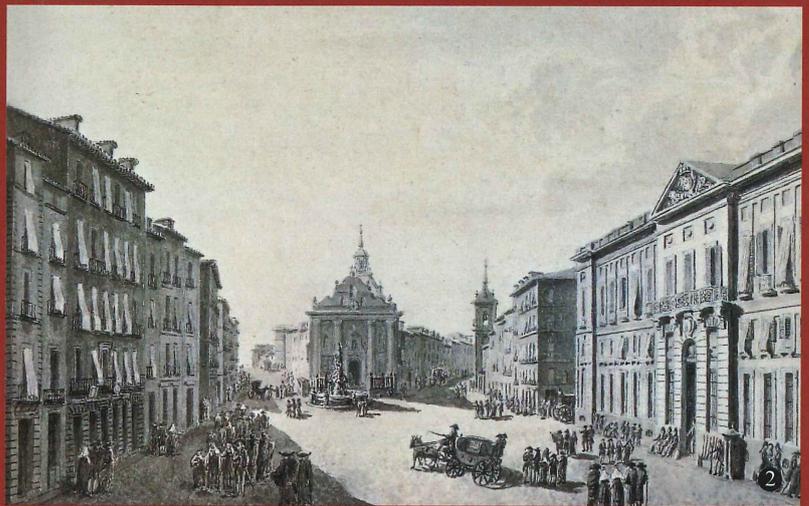
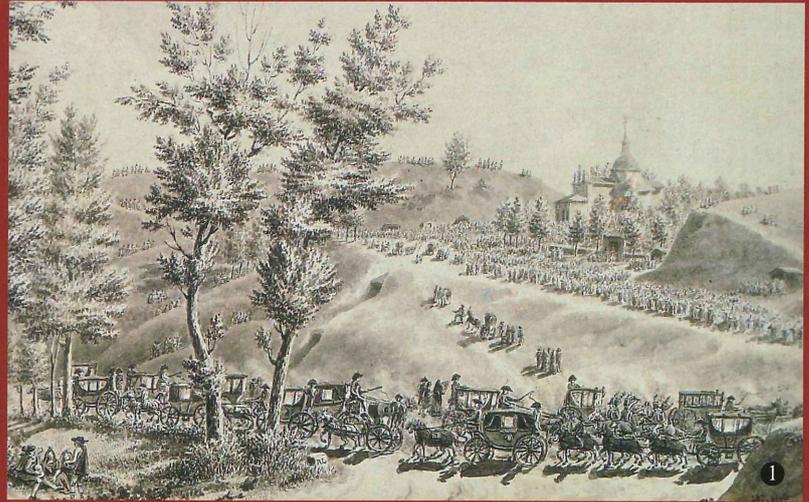
que se retiraron a la segunda línea de defensa, abandonando el Palacio y otros edificios fortificados.

En la mañana del 14 de agosto, Lafon-Blaniac, convencido de lo inútil de su resistencia, agobiado por la falta de suministro de agua y temiendo que un proyectil lanzado por los británicos hiciera explotar la inmensa cantidad de pólvora almacenada en las fortificaciones y sepultara a todos sus hombres, decidió pedir una tregua. El mismo Wellington parlamentó con él y los imperiales se rindieron con la promesa de que podrían marchar al cautiverio con todos los honores, conservando los oficiales sus sables, caballos y equipaje y los soldados sus mochilas.

La cantidad de material que los aliados encontraron en las fortificaciones era inmensa. Allí estaban los cañones capturados tras las debacles españolas del año 1809 en Uclés, Almonacid y Ocaña, decenas de miles de mosquetes, miles de metros de tela para uniformar al Ejército del Mediodía y a las tropas josefinas, novecientos barriles de pólvora y, lo más importante, las águilas de bronce de los regimientos 51.º de Infantería de Línea y 12.º de Infantería Ligera, el emblema entregado por el Emperador al primer batallón de cada uno de sus regimientos. Nadie podía explicarse cómo unas divisas tan preciadas habían sido abandonadas de esa forma, cuando en batalla los soldados entregaban su vida por evitar que cayeran en manos del enemigo. Pero lo importante es que Wellington tendría dos valiosos trofeos más para enviar al Príncipe Regente y, con las dos águilas capturadas en la batalla de Salamanca, sumaban cuatro “pollos”, como se las denominaba entre la soldadesca británica. A Napoleón no le iba a hacer ninguna gracia.

LAS REPRESALIAS

Mientras se realizaban los preparativos para la toma de las fortifica-



1.- Ermita y fiesta de San Isidro.

2.- Vista de la Puerta del Sol y de la Casa de Correos a principios del siglo XIX (anónimo francés). Así sería el centro de Madrid que conoció Wellington. Algunos de los edificios pueden verse en la actualidad, como la antigua casa de Correos –hoy sede del gobierno de la Comunidad Autónoma. Otros, desdichadamente, desaparecieron hace mucho tiempo, como la barroca iglesia del Buen Suceso. Al fondo la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá.

3.- Plaza de Armas del Palacio Real de Madrid a finales del siglo XVIII (anónimo francés). El general Blayney pudo visitar el Palacio Real y contemplar como, siguiendo las directrices del rey José Napoleón I, se demolían las casas y el convento que constreñían la vista del Palacio Real y que dejarían paso a la hermosa Plaza de Oriente.

"GRACIAS A LA ALMORTA"

Uno de los numerosos grabados de la serie "Los Desastres de la Guerra" de Goya. La almorta, una leguminosa con forma de garbanzo aplastado, fue la fuente principal de alimento para el pueblo de Madrid durante la hambruna de los años 1811 y 1812. Tomada como alimento principal y constante en la dieta produce en semanas, o a lo sumo en dos o tres meses, una enfermedad llamada latirismo que se caracteriza por una afeción de la médula espinal o de los huesos provocando la parálisis de los miembros inferiores, impotencia y afectando el crecimiento en los niños. La almorta sació el hambre en esos meses de penuria, pero también provocó la enfermedad y la muerte.



ciones de El Retiro, los españoles intentaban organizar una nueva administración en la Villa. Se formó un nuevo consistorio y el mismo día 13 -en la parroquia de Santa María de la Almudena- se proclamó la Constitución en una ceremonia presidida por el nuevo gobernador de Madrid, el general Carlos de España, al que acompañaba el también general Miguel Ricardo de Álava, que a su vez dio lectura a un decreto de indulto para todos aquellos españoles que servían en las filas del rey José.

Parecía que se pretendía que la concordia reinara entre los madrileños, algo que en principio parecía difícil, ya que era de dominio público que no todos los partidarios del rey José habían abandonado la capital. Pero, final-

mente, un triste acontecimiento vino a enturbiar esta pretendida paz: la ejecución del padre Diego López. La sospecha de que este sacerdote actuaba como espía para el rey José llegó a oídos del nuevo gobernador, que ordenó su busca y captura. A pesar de los registros y de los interrogatorios, el escurridizo cura no pudo ser localizado, parece que se había unido a la comitiva de exiliados que acompañaban al rey. Pero el astuto Carlos de España estaba seguro de que más pronto o

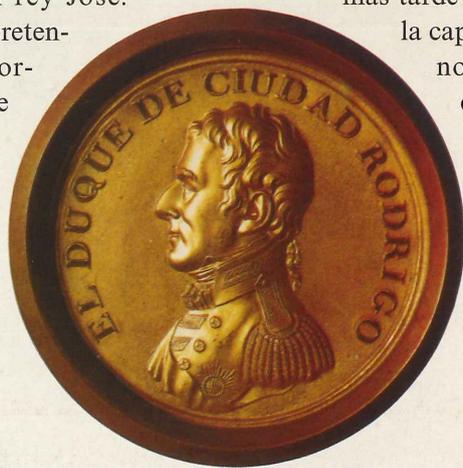
más tarde el espía volvería a la capital para recopilar noticias útiles a la causa josefina. No se equivocaba.

López fue capturado una noche poco después de cruzar la puerta de Toledo. En un botón forrado de tela hallaron, tras un minucioso registro, un mensaje

del rey José para uno de sus acólitos en la capital. La sentencia a garrote vil se llevó a efecto en la Plaza Mayor, como ejemplo para todos aquellos españoles que, por su lealtad al rey José, eran considerados como traidores por otros españoles. De lo que sucedió después, nos da buena cuenta William Grattan, oficial del 88.º Regimiento británico, un observador imparcial en esta incipiente guerra civil entre españoles:

La ejecución del sacerdote López fue seguida de muchos arrestos. En ocho días, unas ciento cincuenta personas fueron encarceladas. Unas con pruebas, otras sin ellas, y muchas por el simple hecho de haber tenido un empleo con el anterior gobierno.

Mientras todo esto sucedía, Wellington, ajeno a los problemas de un país que no era el suyo, disfrutaba de la más exquisita compañía femenina y de los banquetes, bailes, obras de teatro e incluso corridas de toros que le ofrecía esa parte del pueblo madrileño que deseaba la vuelta del rey Fernando VII, para ellos el legítimo dueño de la corona de España.



Arthur Wellesley, duque de Ciudad Rodrigo. Medallón de metal sobredorado. Diámetro 5,7 cm.

Wellington, nacido el mismo año que Napoleón, tenía 43 años cuando entró en Madrid en agosto de 1812. Wellington y Napoleón se enfrentaron por fin cara a cara en Waterloo, batalla que terminó con la victoria del primero y con el fin de la era napoleónica.



WELLINGTON Y GOYA

En todos esos días de asueto en Madrid, Wellington también dispuso de tiempo para ser retratado por el genial Francisco de Goya. A sus sesenta y seis años, el artista era un hombre amargado, aquejado de una profunda sordera y tachado de afrancesado. Wellington acudió a la casa que el pintor tenía a orillas del Manzanares -la llamada Quinta del Sordo- acompañado de su buen amigo el general Álava, que antes de entrar debió advertirle de la excentricidad y braveza de carácter de Goya. El artista se puso manos a la obra inmediatamente, y cuando creyó que el cuadro estaba listo para que el retratado pudiera echarle un primer vistazo, se lo presentó al Lord. La expresión de éste fue de completo desagrado, hizo un gesto despectivo y comentó que el cuadro era una mamarrachada indigna de su persona. Goya, que no era capaz de oír nada, esperaba que su hijo Javier, presente en ese momento en el estudio y conocedor de la lengua inglesa, le tradujera por medio de la lengua de signos lo que farfullaba ese inglés estirado. Cuentan algunos que, ante la actitud despectiva de Wellington,

Goya estuvo a punto de llegar a las manos con el Lord, e incluso hacerse con un par de pistolas que estaban sobre una mesa, pero no tenemos certeza de ocurriera de este modo. De lo que sí tenemos seguridad es de que a Wellington no le agradó mucho el retrato porque, a pesar de terminar aceptándolo ante la insistencia de un abochornado general Álava, se deshizo de la tabla a la primera de cambio.

ABANDONO Y DESTRUCCIÓN

El primero de septiembre el victorioso Lord, esta vez derrotado por un anciano baturro dedicado a la pintura, abandonó Madrid para reemprender la guerra con enemigos más asequibles. Se dirigió a Burgos, donde, sobre su impecable hoja de servicios, cayó la indeleble mancha del desastroso asedio al castillo. Gracias al tiempo perdido por los aliados en los fastos de Madrid y en esta desgraciada operación, los imperiales tuvieron tiempo suficiente para reunir sus desperdigados ejércitos y, finalmente, avanzaron sobre Madrid. A Wellington, ahora en inferioridad numérica, solo le quedaba ordenar la retirada hacia Portugal. El 30 de octubre el general Hill llegó a Madrid

LA BENEFICENCIA INGLESA

Paradojas de la guerra. Si tras la toma de Ciudad Rodrigo y Badajoz —en enero y abril de 1812 respectivamente—, la soldadesca británica se había dedicado al pillaje y a la violación, por el contrario, en Madrid, los oficiales británicos organizaron funciones teatrales en favor de los pobres. Así lo cuenta George Hennell: “... Cuatro o cinco de los regimientos han hecho una suscripción de un día de paga cada mes para dar sopa a los pobres. Los oficiales de los regimientos 95, 43, 94 y 47 han puesto en escena una obra (*The Revenge & Mayor of Garrett*) para el beneficio de los pobres. Se sacaron 250 duros.

para recoger a la corta guarnición inglesa acantonada en el Retiro y volar la Real Fábrica de Porcelana, con el pretexto de que ésta pudiera servir de nuevo como fortificación a los franceses. De esta forma se despedían los británicos de la capital que les había recibido con todos los honores.

La guerra duraría aun un año más, pero Wellington no volvería a Madrid hasta el 24 mayo de 1814. Esta vez lo hizo para rogarle al restaurado rey de España, Fernando VII, que cesara la persecución contra tantos españoles apreciables y dignos, en atención a los servicios que éstos le habían prestado en sus campañas contra las tropas imperiales. El despota no quiso escucharle, y entonces el Lord se dio cuenta de que la liberación de España solo había servido para renovar las pesadas cadenas que la arrastrarían a un fondo de miseria, ignorancia y guerra civil. Mientras, el destronado rey José, exiliado en Suiza tras la abdicación de su hermano Napoleón, recordaba con tristeza al pobre pueblo de Madrid que le apodó “el Rey Plazuelas” y “Pepe Botella”, y que tanto se había alegrado con su marcha.